

RECUERDOS DE LLUVIA

Estaba sentada delante de la ventana, poniéndome las zapatillas para salir a la calle con la abuela. El sol estaba radiante, parecía un buen día para dar un paseo, pero en un abrir y cerrar de ojos el cielo empezó a oscurecerse. Pasó de estar todo iluminado por el sol a estar lleno de nubes negras. Primero unas pocas gotas se posaron en el cristal de la ventana y tras dos minutos la lluvia era intensa. El paseo se anularía, pasaríamos la tarde en casa. Mientras me desataba los cordones para quitarme las zapatillas vi surcar una luz por el cielo, siempre me habían dado miedo las tormentas. Otro rayo iluminó el cielo, la piel se me erizó, y el trueno ensordeció la ciudad. Cerré las cortinas y bajé las persianas para evitar ver la tormenta, encendí la luz y me senté en el sofá asustada. Otro escalofrió me recorrió el cuerpo. La luz de los rayos se colaba por la ventana de la cocina y los truenos eran imposibles hacerlos callar. Desesperadamente me agazapé en el sofá y me puse un cojín tapándome los oídos.

Pasaron cinco minutos y oí a la abuela llamarme desde el cuarto, me incorporé en el sofá, con miedo, pero fui en su busca. Estaba radiante, echada en su cama y tapada con las mantas, su pelo canoso perfectamente peinado, para el paseo que nos había arruinado la lluvia. Tenía los ojos expectantes y una sonrisa que solo pueden poner las abuelas a sus nietas. En el cuello se le veía esa cicatriz en forma de serpiente que le llegaba hasta el pie. Puso la mano indicando que me sentase junto a ella. La ventana de la habitación estaba abierta y se sentía la tormenta. Observé que cada vez que un rayo surcaba el cielo la sonrisa perfecta de mi abuela se disipaba por segundos, pero ella intentaba ocultármelo. Los truenos no paraban de sonar.

Sin decir nada me eché junto a ella y cerré fuerte los ojos, comencé a recordar:

“Te voy a contar una historia, ocurrió hace muchos años, yo era muy joven (recuerdo de sus fotos su pelo rizado, su tez tersa, sus ojos vivos y su mirada penetrante). En esa época ayudaba a mis padres en las labores de casa y del campo. Mi familia tenía muchas tierras que labrar, era un verano muy seco y las cosechas

no daban lo suficiente para vender. El río del pueblo pasaba seco, se podía cruzar andando sin utilizar el puente. El calor era tan fuerte que hasta los animales tenían problemas para soportarlo. Mi padre fue con uno de mis hermanos para regar las tierras y sacar a las vacas a pastar. Mi madre y yo estábamos en la cocina preparando el almuerzo, puesto que ella siempre les llevaba la comida para recuperar fuerzas. Pero ese día tenía cosas que hacer y fui la encargada de llevárselo. Lo metí en un trapo y até las cuatro esquinas formando así una bolsa.

Al salir de casa sentí un calor pegajoso. Por el camino paré en el pilón para refrescarme. Al llegar a nuestras tierras mi padre y mi hermano estaban trabajando y se alegraron de verme, les di los alimentos y me puse a jugar con las vacas. Un ternero llamó mi atención y jugando nos despistamos alejándonos. El calor era insoportable cuando de repente el agua empezó a caer, los rayos y los truenos inundaban el cielo y estremecían el ambiente. El ternero se asustó y se echó a correr, le seguí hasta que las fuerzas flaquearon y aminoré el ritmo buscando un lugar donde poder resguardarme de la tormenta. Tenía la ropa llena de agua y estaba cansada así que me senté a descansar. Se oía como la tormenta se acercaba, pero yo pensaba bueno una tormenta más, pasará en un rato. Lo siguiente que recuerdo es estar tendida en el suelo con todo el cuerpo adormecido y mi padre cogiéndome en sus brazos. Sentía una sensación rara recorriéndome el cuerpo: débil y mojada todo estaba en silencio. Mi padre me llevó a nuestra casa y me tumbó en mi cama. Comencé a sentir como la piel me quemaba y veía a mi madre ir de un sitio a otro y traer trapos y una palangana con agua. Me asusté cuando me retiró la ropa, ¡Estaba quemada! como si hubiese estado en la lumbre. Yo no entendía nada, todo parecía un sueño. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que apareció mi hermano acompañado del médico del pueblo. Cuando recuperé las fuerzas me explicaron que un rayo me había alcanzado en el campo, que no podía

moverme y que tendríamos que ser pacientes en la recuperación y la evolución.

Los días pasaron y me dolía cada parte de mi cuerpo pero lo único que quería era ponerme bien. Recibía visitas de vecinos y amigos, siempre la misma historia, mi padre contaba que me encontró gracias al ternero, le vio correr y fue en mi busca. La tormenta no amainaba, oía la lluvia azotar las ventanas cada día que pasaba encamada. Cuando los dolores empezaron a menguar, yo intenté ponerme de pie pero no podía. Mi madre me abrió las cortinas para que pudiese observar el arcoíris que se había formado mientras seguía lloviendo cada vez más débilmente y me dijo: "En todas las cosas malas existe belleza, y en cada lugar del mundo hay algo por lo que luchar." El río del pueblo gracias a la tormenta recibió agua y los campos se nutrieron".

Tras recordar aquella historia de mi abuela me di cuenta que había olvidado que los truenos sonaban y los rayos iluminaban el cielo y miraba esa sonrisa que ella tenía. Comprendí lo fuerte que era y que había sido. Por la ventana se reconocía el arcoíris surcando el cielo despejado, no pude decir nada sólo la abracé con fuerza, quería sentir la misma fortaleza que ella en esas circunstancias, quería recordar historias con mis futuros nietos, quería pasear como ella hacía conmigo...

Levanté su jersey, su camiseta y observé su cicatriz, de nuevo ese escalofrío que recorrió mi cuerpo. No quería perder ni un momento a su lado, corrí a la cocina y cogí un paraguas. Me dirigí hacia la cama, la sonreí, hoy es un día especial, es un día de lluvia, la agarré de la mano y la ayudé a incorporarse. Nos pusimos el abrigo y salimos a pasear del brazo, con el paraguas, con el arcoíris, con nuestras historias pero sobre todo, bajo la lluvia, juntas.